

VOL 1 N° 2 JULIO 1953

El Mensajero



Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 2
JULIO 1953
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASÍA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

NOVELA CORTA:

LOS VIEJOS MUEREN RICOS, por H. L. GOLD
Dominar el tiempo puede ser un buen negocio

CUENTOS:

LA BOLSA, por WILLIAM MORRISON
Saberlo todo no sirve de nada

RAZA DE GUERREROS, por ROBERT SHECKLEY
Para desarmar al enemigo lo mejor es suicidarse

RECUERDO BORRADO, por PETER PHILLIPS
Los robots no saben lo que es vida

CATEGORÍA FÉNIX, por BOYD ELLANBY
¿Para qué prolongar la vida en un mundo esclavo?

EL ÚLTIMO RECURSO, por TED STURGEON
A veces se necesita la «muerte» aunque esté fuera de la ley

ETAPA, por F. L. WALLACE
Víctima de la filantropía en el centro del tráfico inter-

planetario

NOVEDADES CÓSMICAS:

*LA CONQUISTA DEL ESPACIO (II), por WILLY LEY Y
CHESLEY BONESTELL
Astrónomos, selenitas y quimeras lunares*

CONTESTANDO A LOS LECTORES

EDITORIAL

ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por Durá

En los comienzos de la colonización de la Luna, todo es sencillo y rudo. La nave está casi lista para regresar a la Tierra. Dentro de algunos años, los viajes serán semanales, y en la Base Lunar habrá aeropuertos, talleres, hoteles, viviendas...

MÁS ALLÁ DEL AUTOMÓVIL



Cada número de MÁS ALLÁ contiene alrededor de 110 000 palabras. De un cálculo aproximado resulta que cada mes la redacción de la revista lee 2 500 000 palabras de cuentos y novelas de fantasía científica. Esto significa que MÁS ALLÁ publica el resultado de una selección muy amplia, y que cada cuento que se nos presenta tiene una posibilidad de ser aceptado y veinticinco de ser rechazado.

Nuestra revista es exponente de una actitud mental absolutamente libre de prejuicios. Consideramos que así son nuestros lectores, y que eso pretenden de nosotros. Hay dos condiciones esenciales que cada cuento debe reunir para que sea considerada su publicación:

- Debe interesar y divertir. Nosotros no estamos aquí para aburrir. Vean, por ejemplo, *El día de los trífidos*, que publicamos en el número anterior: es una novela tan extraordinaria que —acontecimiento excepcional— ninguno de nuestros redactores (que, por lo general, son terribles criticones) ha podido objetar su candidatura al puesto de honor en el primer número de la revista. O bien, tomen *Los viejos mueren ricos*, que se publica en este número. Desde las primeras palabras, ustedes se encontrarán inextricablemente atrapados

en las redes de un maestro de la fantasía científica. Y podemos prometerles que *Hijo de Marte*, la novela completa del próximo número, no decepcionará a nadie.

- Debe diferenciarse de la tradicional literatura romántica, burguesa, policial o aventurera, para entrar de lleno en el campo de la fantasía científica. En otras palabras, debe representar un esfuerzo —y un esfuerzo bien logrado— para romper el círculo reducido de la realidad nos circunda y para llevarnos a mundos y épocas lejanas. Pero esta fantasía debe estar basada sobre elementos científicamente posibles.

Un ejemplo: todos sabemos que, cada año, aumenta el número de automóviles en circulación. Cualquiera, después de alguna investigación estadística y con un mínimo de nociones matemáticas, podría llegar a demostrar que, digamos, por el año de 2126 habrá un automóvil para cada ser humano, o hasta más automóviles que hombres. Sobre la base de este hecho se podría escribir un magnífico cuento. Sin embargo, por más cualidades que el cuento pudiera tener, nuestra redacción no lo aceptaría. ¿Por qué? Porque, para nosotros, una estadística como la indicada no tiene atendibilidad. El cálculo se basa sobre una presunción de técnica estacionaria: es decir, que el autor del cuento ha mirado a su alrededor, ha visto muchos automóviles y los ha considerado elementos definitivos de nuestra civilización. Pero no. Matizando la realidad con la fantasía científica, se llega de inmediato a la conclusión de que en 2126 ya no existirán automóviles. Ellos habrán sido reemplazados por gigantescas veredas rodantes a distintas velocidades por todas las calles, por supuesto, protegidas de la intemperie, y el tránsito de las ciudades será infinitamente más sencillo, menos peligroso, más económico y rápido.

O bien, en 2126 ya no habrá automóviles porque estarán agotadas las reservas petrolíferas del planeta, y todos nos veremos reducidos a viajar en tricicleta... De una u otra manera, el automóvil de hoy, que tomamos muy en serio y nos parece un triunfo de la practicidad y de la estética mecánica, estará completamente fuera de moda.

La fantasía científica no desea ser confundida con la profecía. Su único deseo, más bien su forma de ser, es dejar correr la imaginación por el plano inclinado del progreso técnico, en el cual la aceleración va aumentando al infinito.

El profeta de otros tiempos se acariciaba la larga barba, invocaba los espíritus, estudiaba las entrañas de los animales sacrificados o meditaba sobre los remolinos de las hojas al viento. El profeta de hoy, con toda probabilidad, lleva anteojos y se los quita para mirar por el microscopio o el telescopio; sus signos cabalísticos son ecuaciones matemáticas y su nigromancia la aprende de los tratados de química y de ingeniería...

LA BOLSA

Por WILLIAM MORRISON



Ilustrado por Csecs

*El que todo lo sabe puede ocasionar el fin del mundo
sólo porque es honrado e indiferente.*

El que todo lo prevé desea morir.

*Y los hombres, ciegos de ambición, poco saben y nada
prevén.*

A L principio ni soñaban que la Bolsa existía. Si alguno de los tripulantes la vio cuando aterrizaban en el planetoi-
de, la confundió con una de las tantas rocas en la árida ex-
tensión silíceas de forma casi elipsoidal, que no medía más de
5 kilómetros en su máxima extensión. A nadie se le hubiera

pasado por la imaginación que aquel objeto insignificante, tan al alcance de la mano, sería muy pronto considerado el más valioso del sistema solar.

El aterrizaje fue accidental. La nave, una patrullera del gobierno, había sufrido ciertas averías, y descendió al planetoi- de para hacer con más comodidad las reparaciones, que lle- varían unas buenas setenta horas. Por suerte tenían aire de sobra, y el sistema de recuperación no podía fallar. La comida era bastante escasa, pero eso no los afligía; siempre es posi- ble apretarse un poco más el cinturón y vivir el doble a media ración. Lo que los tenía preocupados era la rotura de los re- cuperadores de agua y los pequeños tanques de almacena- miento. Ése fue el principal tema de conversación durante las cincuenta horas siguientes.

Por fin el capitán Ganko dijo:

—Con hablar no ganamos nada. No hay depósitos de agua en esta zona del Cinturón de Planetoides. En cuanto es- té reparado el transmisor pediremos auxilio a la nave más cercana.

Su segundo suspiró desanimado en el micrófono de su traje de vacío:

—Éstas no son rutas comerciales, capitán. ¿Quién pasa por aquí?

El capitán Ganko rió sin alegría.

—Nunca se puede saber. De todos modos, podremos apostar quién resiste mejor la deshidratación.

Por un rato reinó el silencio. Luego el copiloto sugirió:

—Tal vez haya agua en el planetaide, señor.

—¿Aquí? ¿Quiere decirme cómo sería posible, con una gravedad que apenas puede retener las rocas? Y, por todos los demonios, ¿dónde sugiere que la busquemos?

—Sí, aquí hay agua —contestó una voz suave y clara que parecía penetrar en su hermético casco desde todos lados—. Y ello se debe a que quedó retenida como agua de cristaliza-

ción. Se halla a dos metros debajo de la superficie, y no tienen más que cavar para encontrarla.

A las primeras palabras hubo un simultáneo movimiento de cabeza de todos los tripulantes, pero nadie contestó nada. El capitán Ganko los examinó uno por uno con el ceño fruncido.

—¿Hay alguno que se esté haciendo el gracioso?

—No —contestó la voz.

—¿Quién dijo eso?

—Yo, Yrzl.

Un tripulante alcanzó a distinguir un movimiento entre las grandes rocas y lo señaló. Al callar la voz también se detuvo el movimiento, y ya no sacaron el ojo de aquel sitio. Así conocieron a Yrzl, o, como casi siempre le llamaban, la Bolsa Pensante.

De no haber sido porque se hallaba de servicio y la nave pertenecía al gobierno, el capitán Ganko se habría convertido en el hombre más poderoso del universo. Pero tal como sucedieron las cosas, la Bolsa quedó en posesión del gobierno. Su importancia fue reconocida inmediatamente, y Jake Siebling tuvo sobradas razones de orgullo cuando lo nombraron custodio de la Bolsa, dejando de lado a figuras mucho más influyentes del mundo político e industrial.

SIEBLING era un hombre regordete, de escasa estatura, y su único defecto consistía en no saber apreciar su propio valor. Había resuelto, uno tras otro, intrincados problemas de organización y dejaba que los demás se llevaran el mérito. Pero este trabajo no era para figurones, y los encargados del nombramiento lo sabían. Por una vez tuvieron que dejar de lado sus compromisos políticos y buscar a un individuo en cuya honestidad se pudiera confiar ciegamente. ¡La Bolsa, en manos de un ambicioso, podía ser la ruina del mundo!

La Bolsa, como Siebling lo comprobó en su contacto diario con ella, raramente cambiaba la forma con que la habían encontrado: un bulto pétreo, grisáceo, como un saco de papas. Carecía de rasgos y nada en ella indicaba que tuviera vida en los momentos en que no estaba contestando preguntas. No comía casi nunca: una vez cada mil años terrestres, decía ella, cuando estaba sola y tranquila; una vez por semana, cuando trabajaba continuamente. Comía y se movía emitiendo pseudopodios como las amebas, y, realizado su objeto, volvía a convertirse en un saco de papas.

Después cayeron en la cuenta de que el nombre de «Bolsa» era apropiado en más de un sentido. Porque era una bolsa henchida de conocimientos, y sobre todo de sabiduría. Al principio muchos dudaron, y algunos mantuvieron sus dudas hasta el fin, así como siglos después de Colón había quienes aún creían que la Tierra era chata. Pero los que la conocieron no tenían dudas; al contrario, creían que la Bolsa lo sabía todo. Eso, naturalmente, no era cierto.

La función oficial de la Bolsa, establecida por leyes interplanetarias, era contestar preguntas. Las primeras, como hemos visto, fueron formuladas accidentalmente por el capitán Ganko, y le salvaron la vida. Luego hubo un período de preguntas desordenadas que benefició no poco a algunos políticos, hasta que el gobierno puso fin a ese delito de información y estableció reglas para que las preguntas se hicieran en forma más lógica.

Las horas de consulta se acordaban con meses de anticipación y se vendían a un precio en realidad ridículamente bajo: sólo cien mil créditos^[1] el minuto. Y fue esta venta ininterrumpida lo que condujo a la segunda intervención del gobierno, esta vez para encarar una verdadera crisis.

DE pronto la Bolsa dejó de contestar preguntas que debían haber sido muy sencillas para una mente como la suya. Un total de ciento veinte clientes, cada uno de los cuales había pagado sus cien mil créditos, armaron un escándalo

que se habrá oído en las otras galaxias. Hubo entonces una investigación del Senado donde se ventilaron todos los conflictos, y allí Siebling fue llamado a declarar.

Sentado ante el comité senatorial, se retorció molesto por las cámaras televisoras y preocupado por el bienestar de la Bolsa, dejada a cargo de un asistente. El que conducía la investigación era el senador Horrigan, un político gritón que lo había hecho sentirse culpable con sólo preguntarle su nombre, edad y tiempo de servicio.

—Su deber es cuidar que la Bolsa esté en condiciones adecuadas para responder preguntas, ¿no es así, señor Siebling? —rugía Horrigan.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué no responde a los clientes? Estos caballeros han pagado honestamente sus cien mil créditos cada uno. ¡Será necesario restituir la suma pagada! Eso significa para el gobierno una pérdida total de..., esteee..., ciento veinte a cien mil cada uno..., ¡ciento veinte millones de créditos! —tronó haciendo retumbar sus palabras.

—Doce millones, senador —murmuró rápidamente su secretario.

Pero la corrección no fue tomada en cuenta, y la cifra que se publicó luego fue ciento veinte millones.

Siebling contestó:

—La Bolsa dejó de responder, senador, porque no es una máquina, sino un ser viviente, y está exhausta. Ha sido sometida a un interrogatorio continuo las veinticuatro horas del día.

—¿Y quién ha permitido semejante idiotez? —bramó el senador Horrigan.

—Usted mismo, senador —informó Siebling con gran satisfacción—. El procedimiento fue establecido en una ley proyectada por usted y aprobada por su comité.

El senador Horrigan ni siquiera había leído ese proyecto, que figuraba presentado bajo su nombre, así como tampoco había intervenido en su discusión. Pero ese íntimo conocimiento de su inocencia era mejor que no trascendiera. Naturalmente, su simpatía por Siebling no aumentó nada.

—¿De modo que la Bolsa dejó de responder preguntas durante dos horas íntegras?

—Sí, señor, y continuó sólo después de ese descanso.

—¿Y no volvió a tener dificultades?

—Sí, señor; sus respuestas fueron más lentas que de costumbre. Los clientes de turno sostuvieron que habían sido defraudados en buena parte del dinero pagado, pero, como hubo respuestas, no aceptamos las protestas, y el departamento de Finanzas no hizo reembolsos.

—¿Considera usted que es correcta esa manera de estafar a los inversores?

—Eso no entra en mis atribuciones, senador —contestó Siebling, que a esta altura ya había recobrado el dominio de sus nervios—. Yo no hago más que ejecutar las leyes. La cuestión de si son correctas o no, la dejo en manos de quienes las hacen. Supongo que está en buenas manos.

El senador Horrigan se sonrojó, con gran alegría de los espectadores. Era impopular, tanto como puede serlo un hombre cuya única ocupación es la política, y mal visto hasta por los miembros de su propio partido. Entre los que reían no faltaban algunos de sus mejores amigos políticos. En vista de su poca suerte, Horrigan decidió atacar por otro lado.

—¿Es cierto o no, señor Siebling, que usted negó repetidas veces los servicios de la Bolsa a ciudadanos que habían abonado sus créditos en forma perfectamente legal?

—Es cierto, señor. Pero...

—¡Entonces lo admite!

—No veo nada de malo en ello, senador. Lo que quiero decir es...

—Lo que usted quiere decir no tiene importancia. ¡Lo importante es lo que dijo! ¡Usted ha estafado a esos hombres!

—De ningún modo, señor. Esa gente entrevistó a la Bolsa más tarde. No lo pudieron hacer en su turno porque en ese momento estaban haciendo consultas las fuerzas armadas. Tienen importantes problemas que resolver y siempre se les da prioridad. Cada vez que el gobierno quiere consultar a la Bolsa en turnos ya reservados para particulares, transfiero la cuestión al asesor legal del gobierno.

—¿De modo que usted se niega a tomar decisiones?

—Mi deber, senador, es cuidar del bienestar de la Bolsa. El día antes de salir del planetoide tuvimos un momento libre porque el cliente de turno sufrió un accidente en el camino. Para no desperdiciar ese tiempo le hice una pregunta a la Bolsa.

—Aprovechando su posición con motivos de lucro, ¿eh?

—No. Sólo le pregunté qué necesitaba para funcionar con mayor eficiencia. Por si se ponía en duda mi palabra, tuve la precaución de grabar la respuesta. Si usted lo desea, senador, podemos reproducirla.

El senador Horrigan hizo un gesto negativo y gruñó:

—Siga con su declaración.

—La Bolsa me contestó que necesitaba dos horas de descanso cada veinte, más una hora adicional de «recreo». Quiere conversar con algún ser humano que le haga preguntas sensatas y no la presione para que conteste inmediatamente.

—¿De modo que usted propone que el gobierno desperdicie tres horas por día? ¿Ciento ochenta millones de créditos?

—Dieciocho —dijo el secretario.

—No será un desperdicio. Si no lo hacemos, la Bolsa dejará pronto de contestar del todo.

—¿Eso es lo que usted opina?

—No, señor. Eso lo dijo la Bolsa.

A continuación, el senador Horrigan inició su discurso de rutina, echando la culpa de todo a sus enemigos políticos, y Siebling pudo retirarse. Por supuesto, no se llegó a ninguna conclusión, y el Senado decidió enviar una delegación a hablar personalmente con la Bolsa.

COMO la Bolsa no podía ir al Senado, el Senado debió ir hasta donde se hallaba la Bolsa. La delegación de siete miembros empezó a mostrarse inquieta desde que la astro nave echó amarras en el pequeño planetoido. Todos ellos habían hecho viajes interplanetarios, pero su destino había sido siempre algún lugar civilizado y no les agradaba nada esa roca sombría y sin aire.

Las compañías de televisión, siempre alertas para ofrecer al público las novedades, montaron sus transmisores y tomaron debida nota de los tímidos pasos con que los senadores abandonaban la nave. Siebling notó con satisfacción que en aquellos lugares tan diferentes de sus madrigueras usuales, los senadores no parecían muy seguros de sí mismos. Daba gusto servirles de guía.

—Como pueden ver, señores —dijo respetuosamente—, se ha decidido que la Bolsa no esté expuesta al bombardeo de meteoritos errantes. Fue así que murieron los demás miembros de esta extraña raza, y sólo la casualidad permitió que la Bolsa sobreviviera tanto tiempo. Por eso se construyó esa imponente cúpula de seguridad, y allí vive la Bolsa, bien protegida. Los clientes conversan con ella mediante una pantalla televisora, que les permite verla de tamaño natural.

Al senador Horrigan no se le escapó la parte más significativa de la explicación.

—Pero, según lo que usted dice, ¿nosotros sí estamos expuestos al peligro de los meteoros?

—Naturalmente, senador. La Bolsa es única en el sistema solar. Los hombres, aun siendo senadores, están a un decímetro la docena, si se me permite la expresión. Son fácil-